

gemir en la mansión en que mora. Bajo la antigua monarquía le hubiesen ahorrado á usted ese baldón encerrándole algunos días en una prisión de Estado; pero, en fin, ya está usted ante su padre, que le oye; usted, que sabe lo que ha hecho antes de ir á esa innoble prisión, ¿puede jurarme ante esta sombra, y ante este Dios que lo ve todo, que no ha cometido ninguna acción deshonrosa, que sus deudas han sido consecuencia de las locuras de la juventud y que su honor está salvo? Si su padre estuviese ahí, sentado en ese sillón, y si le pidiese á usted cuenta de su conducta, ¿le abrazaría después de haberle escuchado?

—Sí, madre mía, dijo el joven con gravedad llena de respeto.

La anciana madre abrió entonces los brazos, estrechó á su hijo contra su corazón derramando abundantes lágrimas, y le dijo:

—Olvidémoslo, pues, todo. El dinero es lo de menos. Yo rogaré á Dios que nos lo devuelva; y, puesto que sigues siendo digno de tu nombre, bésame, porque he sufrido mucho.

—Mamá querida, dijo Sabiniano extendiendo la mano sobre aquel lecho, juro no darte nunca ningún disgusto de este género y hacer cuanto pueda para reparar mis primeras faltas.

—Ven á almorzar, hijo mío, dijo la madre saliendo de aquel cuarto.

Si deben aplicarse al relato las leyes de la escena, la llegada de Sabiniano introduciendo en Nemours al único personaje de esta historia que faltaba aún en ella pone fin á la exposición.

## SEGUNDA PARTE

### LA HERENCIA DE MINORET

La acción empezó con el juego de un resorte tan gastado lo mismo en la literatura antigua que en la moderna, que nadie creería en sus efectos en 1829 si no se tratase de una anciana bretona, de una Kergarouet, de una emigrada. Pero apresurémonos á reconocer que en 1829 la nobleza había reconquistado en las costumbres un poco del terreno perdido en la política. Por otra parte, el sentimiento que mueve á los padres cuando se trata de las consecuencias matrimoniales es imperecedero, va unido estrechamente á la existencia de las sociedades civilizadas, emana del espíritu de familia y reina lo mismo en Génova que en Nemours, donde aun no ha mucho que hemos visto que Celia Levrault se negaba á consentir en el casamiento de su hijo con la hija de un bastardo. Sin embargo, toda ley social tiene sus excepciones, y Sabiniano pensaba doblegar el orgullo de su madre ante la nobleza innata de Úrsula. El encuentro tuvo lugar

en el acto. Tan pronto como Sabiniano estuvo sentado á la mesa, su madre le habló de las cartas, horribles según ella, que los Kergarouet y los Portenduere le habían escrito.

—Mamá, hoy ya no hay familia, le respondió Sabiniano, sólo hay individuos. Los nobles no son ya solidarios. Hoy ya nadie le pregunta si es usted un Portenduere, si es valiente ó si es hombre de Estado, sino que todo el mundo le dice: «¿Cuánto paga usted de contribución?»

—¿Y el rey? preguntó la noble dama.

—El rey se encuentra entre las dos cámaras como entre la espada y la pared. Así es que estoy decidido á casarme con una joven rica, sea cualquiera la familia á que pertenezca, con la hija de un aldeano, con tal que tenga un millón de dote y esté suficientemente educada.

—Eso es otra cosa, dijo la madre.

Sabiniano frunció las cejas al oír estas palabras, pues conocía aquella voluntad granítica llamada terquedad bretona, que distinguía á su madre y quería saber su opinión acerca de este punto.

—Si yo amase á una joven, añadió Sabiniano, por ejemplo, á la pupila de nuestro vecino, á la pequeña Úrsula, ¿se opondría usted á mi matrimonio?

—Sí á fe, mientras me quedase un átomo de vida, dijo la anciana. Después de mi muerte tú serás el responsable del honor y de la sangre de los Portenduere y de los Kergarouet.

—¿De modo que me dejaría usted morir de hambre y de desesperación por una quimera que sólo con el dinero se convierte hoy en realidad?

—Servirías á Francia y te pondrías bajo el amparo de Dios.

—¿Sería usted capaz de aplazar mi dicha hasta el día siguiente de su muerte?

—Tal conducta sería horrible por tu parte, mas no por la mía.

—Luis XIV estuvo á punto de casarse con la sobrina de Mazarino, que era un advenedizo.

—Sí, pero el mismo Mazarino se opuso á ello.

—¿Y la viuda de Scarron?

—Era una Auvigné. Además, el matrimonio fué secreto. Pero yo soy vieja ya, hijo mío, dijo la anciana meneando la cabeza, y cuando yo no exista podrá usted casarse á su gusto.

Sabiniano amaba y respetaba á su madre; pero á pesar de esto, opuso á la terquedad de la anciana Kergarouet una terquedad igual, y resolvió no tener nunca más mujer que Úrsula, á la cual dió esta oposición el mérito de la cosa prohibida, como ocurre siempre en casos análogos.

Después de las vísperas, cuando el doctor Minoret y Úrsula, vestida con un traje de color rosa, entraron en aquella fría sala, la pobre niña fué presa de un temblor nervioso cual si se encontrase en presencia de la reina de Francia y tuviese que pedirle alguna gracia. Desde la primera explicación que Úrsula había tenido con el doctor, aquella casita había tomado para ella las proporciones de un palacio, y la anciana dama todo el valor social que una duquesa de la Edad media debía tener á los ojos de la hija de un villano. Úrsula no comprendió nunca con más desesperación que en aquel momento la distancia que separaba á un vizconde de Portenduere

de la hija de un capitán de música, antiguo cantante de los Italianos, hijo natural de un organista, y cuya existencia dependía de las bondades de un médico.

—¿Qué tiene usted, hija mía? le dijo la anciana haciéndole sentarse á su lado.

—Señora, me confunde el honor que usted se digna hacerme.

—¡Bah! niña mía, respondió la señora de Portenduere con un tono más agrio; sé cuánto la ama á usted su tutor y deseo darle gusto por haberme traído al hijo pródigo.

—Pero, mamá querida, dijo Sabiniano herido en el corazón al ver el vivo rubor de Úrsula y la horrible contracción con que ésta procuró contener sus lágrimas. Aunque no debiera usted ningún favor al caballero Minoret, me parece que siempre nos podríamos tener por muy dichosos con el placer que la señorita nos proporciona aceptando nuestra invitación.

Y esto diciendo, el joven hidalgo estrechó la mano del doctor de una manera significativa, y exclamó:

—Caballero, usted lleva la orden de San Miguel, que es la más antigua de Francia y que ennoblece siempre al que la posee.

La excesiva belleza de Úrsula, á la que su amor sin esperanza había comunicado hacia algunos días esa profundidad que los grandes pintores imprimen á aquellos retratos en que el alma está puesta de relieve, había impresionado de pronto á la señora de Portenduere, haciéndole sospechar la existencia de un cálculo ambicioso bajo la generosidad del doctor. De modo que la

frase á que respondía entonces Sabiniano, fué dicha con una intención que hirió al anciano en lo más vivo: pero Minoret no pudo contener una sonrisa al oír que Sabiniano le llamaba caballero, y reconoció en aquella exageración la audacia de los enamorados, que no reculan ante el ridículo.

—Señor vizconde, dijo el antiguo médico del rey, la orden de San Miguel, que tan ambiciosa fué antaño, ha caído, como cayeron otros tantos privilegios, y no se da ya más que á médicos y á artistas. De modo que los reyes han hecho bien en unirla á la de San Lázaro, que creo que fué un pobre diablo resucitado por un milagro. Desde este punto de vista, la orden de San Miguel y la de San Lázaro son para nosotros un símbolo.

Después de esta respuesta, preñada á la vez de mofa y de dignidad, reinó un gran silencio sin que nadie se atreviese á romperlo, y empezaba ya á hacerse molesto, cuando llamaron á la puerta.

—Aquí está nuestro cura, dijo la anciana levantándose, dejando sola á Úrsula y saliendo al encuentro del abate Chaperon, honor que no había dispensado al doctor ni á su pupila.

El anciano sonrióse mirando alternativamente á Úrsula y á Sabiniano. Quejarse de los modales de la señora de Portenduere ó mostrarse ofendido por ellos, era un escollo en el que hubiera tropezado un hombre de poco mundo; pero Minoret tenía mucho para no evitarlo, y se puso á hablar con el vizconde del peligro que corría á la sazón Carlos X, después de haber confiado la

dirección de los negocios al príncipe de Polignac. Después que hubo transcurrido bastante tiempo para que no se creyese que el doctor quería vengarse, Minoret presentó á la noble dama los recibos y demás documentos que justificaban la cuenta hecha por su notario.

—¿Lo ha reconocido mi hijo? dijo la dama dirigiendo á Sabiniano una mirada, á la que éste contestó con una inclinación de cabeza. Está bien, eso es asunto de Dionis, añadió rechazando los papeles y tratando aquel asunto con el desprecio que á sus ojos merecía el dinero.

Para la señora de Portenduere, rebajar la riqueza era elevar la nobleza y quitar toda su importancia á la burguesía. Algunos instantes después, Goupil se presentó de parte de su principal á pedir las cuentas pendientes entre Sabiniano y el señor Minoret.

—Y ¿para qué? preguntó la señora de Portenduere.

—Para hacer las bases de la obligación, respondió el primer pasante dirigiendo en torno suyo descaradas miradas.

Úrsula y Sabiniano, que cambiaron por primera vez una mirada con este terrible personaje, experimentaron la sensación que causa la vista de un sapo, aunque agravada por un siniestro presentimiento. Ambos jóvenes tuvieron esa indefinible y confusa visión del porvenir, que carece de nombre en los idiomas, pero que sería explicable por una acción del ser interior de que había hablado el swedenborgista al doctor Minoret. La certidumbre de que aquel repugnante Goupil les había de ser fatal, hizo temblar á Úr-

sula; pero ésta no tardó en reponerse de su emoción, sintiendo un indefinible placer al ver que Sabiniano participaba de sus temores.

—No tiene nada de guapo el pasante del señor Dionis, dijo Sabiniano cuando Goupil hubo desaparecido.

—¿Y qué más da que esas gentes sean guapas ó feas? dijo la señora de Portenduere.

—No es por su fealdad por lo que me repugna, sino por sus malos instintos, que llegan al colmo, repuso el cura.

A pesar de sus deseos de mostrarse amable, el doctor estuvo digno y frío. Los dos enamorados se sintieron molestos, y á no haber sido por el excelente carácter del abate Chaperon, cuya alegría animó la comida, la situación del doctor y de su pupila hubiera sido casi intolerable. A los postres, como el doctor viese que Úrsula palidecía, le dijo:

—Hija mía, si no te encuentras bien, no tienes más que atravesar la calle.

—¿Qué tiene usted, corazón mío? dijo la anciana á la joven.

—¡Ay de mí! señora, repuso severamente el doctor; acostumbrada como está á no encontrar más que sonrisas, su alma siente frío.

—Con lo cual le ha dado usted una malísima educación ¿verdad, señor cura? dijo la señora de Portenduere.

—Sí, señora, respondió Minoret dirigiendo una mirada al cura, que no sabía qué responder. Ya veo que he hecho la vida imposible á esa criatura angelical, si hubiese de andar sola por el mundo; pero yo no moriré sin haberla puesto

al abrigo de la frialdad, de la indiferencia y del odio.

—Padrino... basta, ¡por Dios! ¡Si estoy bien aquí! dijo Úrsula afrontando la mirada de la señora de Portenduere, á trueque de no dar demasiada significación á sus palabras mirando á Sabiniano.

—Mamá, dijo entonces Sabiniano, yo no sé si la señorita Úrsula sufre ó no aquí; pero lo que sí sé es que me está usted haciendo pasar un suplicio.

Al oír estas palabras, que los modales de su madre habían arrancado á aquel generoso joven, Úrsula palideció, se puso en pie, se despidió de la señora de Portenduere, tomó el brazo de su tutor y volvióse á casa, entrando precipitadamente en el salón de su padrino, donde se sentó al lado del piano, colocó la cabeza entre sus manos y rompió en llanto.

—¡Niña cruel! ¿por qué no dejas que mi experiencia dirija tus sentimientos? exclamó el doctor desesperado. Los nobles no se creen nunca obligados con los burgueses. Ellos creen que sirviéndoles no hacemos más que cumplir con nuestro deber. Por otra parte, la anciana ha observado que Sabiniano te miraba con placer y teme que se enamore de ti.

—En fin, ya está salvado, dijo Úrsula. ¡Pero querer humillar á un hombre como usted!

—Espérame, hijita mía.

Cuando el doctor volvió á casa de la señora de Portenduere, encontró allí á Dionis acompañado de los señores Bongrand y Levrault el alcalde, testigos exigidos por la ley para dar vali-

dez á las actas levantadas en aquellos lugares en que no existe más que un notario. Minoret llamó aparte al señor Dionis y le dijo una palabra al oído, después de lo cual el notario dió lectura á la obligación: la señora de Portenduere hipotecaba todos sus bienes hasta el reembolso de los cien mil francos prestados por el doctor al vizconde, quedando estipulados los intereses en el cinco por ciento. Al oír esta cláusula, el cura miró á Minoret, el cual respondió á esta mirada con un signo de aprobación. El pobre sacerdote fué á decir algunas palabras al oído de su penitente, á las cuales respondió ésta á media voz:

—No quiero deber nada á esas gentes.

—Caballero, mi madre me confía el mejor papel, dijo Sabiniano al doctor. Ella le devolverá el dinero, y á mí me encarga del agradecimiento.

—Pero el primer año tendrán ustedes que buscar once mil francos á causa de los gastos del contrato, repuso el cura.

—Caballero, dijo Minoret á Dionis, como los señores de Portenduere no pueden pagar el registro, una usted los gastos del acta al capital, y yo se los pagaré á usted.

Dionis hizo la enmienda correspondiente, y entonces el capital quedó fijado en ciento siete mil francos. Cuando todo estuvo firmado, Minoret pretextó cansancio para retirarse al mismo tiempo que el notario y los testigos.

—Señora, dijo el cura cuando estuvo solo con la vizcondesa, ¿por qué chocar con ese excelente Minoret que le ha salvado lo menos veinticinco mil francos en París, y que ha tenido la delica-

deza de dejarle veinte mil á su hijo para que pagase sus deudas de honor?

—El tal Minoret es un socarrón y ya sabe lo que hace, dijo la anciana tomando un polvo de tabaco.

—Mi madre cree que quiere obligarme á casarme con su pupila, como si nadie pudiese obligar á casarse contra su gusto á un Portenduere, hijo de una Kergarouet.

Una hora después, Sabiniano se presentó en casa del doctor, donde se encontraban ya los herederos llevados de su curiosidad. La aparición del joven vizconde produjo una sensación tanto más viva cuanto que causó impresiones distintas á cada uno de los asistentes. Las señoritas Cremiere y Massin cuchichearon mirando á Úrsula, que se ruborizaba. Las madres dijeron que muy bien podía tener razón Goupil en lo del matrimonio. Pero la figura que atrajo todas las miradas fué la del doctor, que no se levantó para recibir al vizconde, y se contentó con saludarle mediante una inclinación de cabeza y sin dejar los dados con que jugaba al chaquete con el señor Bongrand. El aire frío del anciano sorprendió á todo el mundo.

—Úrsula, hija mía, toca un poco el piano, dijo entonces Minoret.

Al ver á la joven sentada al piano y revolviendo los volúmenes encuadernados en verde, los herederos estaban tan interesados en saber lo que se tramaba entre su tío y los Portenduere, que aceptaron con placer el suplicio y el silencio á que iban á ser condenados.

Ocurre frecuentemente que un trozo de música

pobre, pero ejecutado por una joven bajo el imperio de un sentimiento profundo, causa más impresión que una gran obertura pomposamente ejecutada por una orquesta hábil. En toda música, además del pensamiento del compositor, existe el alma del ejecutante, el cual, gracias á un privilegio que se adquiere únicamente en este arte, puede dar sentido y poesía á frases que no tienen en realidad gran valor. Chopin prueba hoy con el ingrato piano la verdad de este hecho, demostrado ya por Paganini en el violín. Aquel hermoso genio es, más bien que un músico, una alma que se vuelve sensible y que se comunicaría con toda especie de música, aunque sólo se compusiese de sencillos acordes. Por su sublime y peligrosa organización, Úrsula pertenecía á esta escuela de genios tan raros; pero el anciano Schmucke, profesor que iba todos los sábados á Nemours y que vió á Úrsula todos los días que esta permaneció en París, había elevado el talento de su discípula á su mayor perfección. *El sueño* de Rousseau, trozo escogido por Úrsula, no carece, por lo demás, de cierta profundidad que puede desarrollarse con la ejecución, y que ella animó impregnándolo de los sentimientos que la agitaban, justificando así el título de *Capricho* que lleva aquel fragmento. Mediante una ejecución admirable, el alma de Úrsula hablaba al alma del joven y lo rodeaba como de una nube con ideas casi visibles. Sentado al extremo del piano, con el codo apoyado en la tapa y la mejilla en la mano izquierda, Sabiniano admiraba á Úrsula, cuyos ojos, fijos en el techo, parecían escudriñar un mundo misterioso. Por mucho

menos se hubiera enamorado cualquiera. Los sentimientos verdaderos tienen su magnetismo, y Úrsula quería en cierto modo mostrar su alma, como una coqueta desea mostrar sus encantos para agradar. Sabiniano penetró, pues, en aquel delicioso reino, conducido por aquel corazón que, para interpretarse á sí propio, empleaba el poder del único arte que habla al pensamiento mediante el pensamiento mismo, y sin auxilio de la palabra, de los colores ó de la forma. El candor ejerce sobre el hombre el mismo poder que la infancia, cuyos atractivos é irresistibles seducciones posee; y Úrsula no fué nunca más cándida que en aquel momento en que nacía para una nueva vida. El cura fué á arrancar al hidalgo de su éxtasis rogándole que hiciera el cuarto al *wisth*; Úrsula continuó tocando, y los herederos partieron, á excepción de Desiderio, que deseaba conocer las intenciones de su tío, del vizconde y de Úrsula.

—Señorita, tiene usted tanto talento como alma, dijo Sabiniano cuando la joven cerró el piano para ir á sentarse al lado de su padrino. ¿Quién es su profesor?

—Un alemán que vive precisamente al lado de la calle de la Delfina, en el muelle de Conti, dijo el doctor. Si no hubiese dado una lección diaria á Úrsula durante la permanencia de ésta en París, hubiera venido esta mañana.

—Ese hombre no sólo es un gran músico, sino que es un excelente sujeto, dijo Úrsula.

—¡Caras deben costar esas lecciones! exclamó Desiderio.

Al oír este dicho, los jugadores cambiaron en-

tre sí una irónica sonrisa. Cuando la partida terminó, el doctor, que había estado pensativo hasta entonces, miró á Sabiniano en la actitud de un hombre que siente en el alma tener que cumplir con un deber, y le dijo:

—Caballero, le agradezco á usted en el alma el sentimiento que le ha movido á hacerme tan pronto una visita. Pero su señora madre supone en mí cálculos muy poco nobles, y yo le daría derecho á creerlos ciertos si no le rogase á usted que no viniese más á verme, á pesar de lo mucho que me honrarían sus visitas y del placer que tendría en cultivar su amistad. Mi felicidad y mi descanso exigen que cese toda relación entre nosotros. Diga usted á su señora madre que si mi pupila y yo no vamos á rogarle que nos haga el honor de aceptar una comida en nuestra casa el domingo próximo, es porque tenemos la seguridad de que ese día se sentiría indispuesta.

El anciano tendió la mano al joven vizconde, el cual se la estrechó afectuosamente, diciéndole:

—Tiene usted razón, caballero.

Y se retiró, no sin hacer á Úrsula un saludo que revelaba en él más melancolía que desconcierto.

Desiderio salió al mismo tiempo que el vizconde, pero le fué imposible cambiar con él palabra alguna, porque Sabiniano se fué precipitadamente á su casa.

El desacuerdo de los Portenduere y del doctor Minoret fué, durante dos días, el pasto de la conversación de los herederos, que hicieron honor al genio de Dionis y consideraron ya salvada su herencia. En un siglo en que las clases se ni-

velan y en que la manía de la igualdad coloca al mismo nivel á todos los individuos y lo amenaza todo, hasta la subordinación militar, último baluarte del poder en Francia; en una época en que las pasiones no tienen que vencer más obstáculos que las antipatías personales ó la falta de equilibrio entre las fortunas, la obstinación de una anciana bretona y la dignidad del doctor Minoret levantaban entre estos dos amantes barreras destinadas, como antaño, más bien á fortificar que á destruir el amor. Para un hombre apasionado, toda mujer vale lo que le cuesta, y como Sabiniano veía una lucha, esfuerzos é incertidumbres que le hacían ya cara aquella joven, quería conquistarla. Nuestros sentimientos obedecen, sin duda, á las leyes de la naturaleza acerca de la duración de sus creaciones: á larga vida, larga infancia.

Al día siguiente por la mañana, Úrsula y Sabiniano tuvieron al levantarse un mismo pensamiento. Esta armonía haría nacer el amor, si no fuese ya una de sus más deliciosas pruebas. Cuando la joven separó ligeramente sus cortinas á fin de dar á sus ojos el espacio estrictamente necesario para ver la habitación de Sabiniano, vió la cara de su amante que asomaba ya por la ventana de enfrente. Cuando se piensa en los inmensos servicios que prestan las ventanas á los enamorados, encuentra uno natural la contribución á que están sujetas. Después de haber protestado de este modo de la dureza de su padrino, Úrsula dejó caer las cortinas y abrió las ventanas para cerrar las persianas, á través de las cuales podía ver sin ser vista. Aquel día Úrsula

subió lo menos siete ú ocho veces á su cuarto, y encontró siempre al vizconde escribiendo, rasgando papeles y volviendo á escribir, sin duda para ella.

Al día siguiente por la mañana, no bien había despertado Úrsula, cuando la Bougival le subió la siguiente carta:

«A LA SEÑORITA ÚRSULA

»Señorita: Comprendo la desconfianza que debe inspirarle un joven que ha llegado á la posición de que yo me vi libre gracias á la intervención de su tutor. En lo sucesivo debo dar más garantías que ningún otro, y solo con profunda humildad me atrevo á ponerme á sus pies para declararle mi amor, señorita. Esta declaración no está dictada por una pasión, sino por una certidumbre que ha de durar eternamente. Una loca pasión por mi tía, la señora de Kergarouet, me llevó á la cárcel; ¿no verá usted una prueba de sincero amor en la completa desaparición de mis recuerdos y de aquella imagen borrada de mi corazón con la de usted? Desde que la vi á usted en Bouron, durmiendo con gracioso é inocente sueño de niña, ocupa usted mi alma como reina que toma posesión de su imperio. Yo no quiero más mujer que usted, usted posee todas las distinciones que deseo en aquella que ha de llevar mi nombre. La educación que ha recibido usted y la nobleza de su corazón la colocan á la altura de las posiciones más elevadas. Pero dudo demasiado de mí mismo para intentar describirla á usted, á quien sólo

puedo amar. Después de haberla oído ayer, me acordé de estas frases que parecen haber sido escritas para usted:

«Hecha para atraer los corazones y encantar  
»los ojos, amable al par que inteligente, espiri-  
»tual y razonable, cortés como si hubiera pasado  
»su vida en la corte, y sencilla como el solitario  
»que no ha conocido el mundo, el fuego de su  
»alma está atemperado en sus ojos por una di-  
»vina modestia.»

»He comprendido el valor de su hermosa alma que se revela en los menores detalles. He aquí lo que me mueve á pedirle que, si no ama usted aun á nadie, me permita probarle con mis cuidados y mi conducta que soy digno de usted. Se trata de mi vida, y usted no puede dudar que he de emplear todas mis fuerzas, no sólo en agradecerle, sino en merecer su estimación, que es para mí todo en la tierra. Úrsula, con ésta esperanza, y si usted me permite que la adore, Nemours será para mí el paraíso, y las más difíciles empresas se convertirán en goces, toda vez que las haré en honor de usted. Dígame, pues, que puedo decirme suyo

»SABINIANO.»

Úrsula besó esta carta, y después de haberla leído y releído, se vistió para ir á enseñársela á su padrino.

—¡Dios mío! á poco más me voy sin rezar, se dijo entrando de nuevo en su cuarto para arrodillarse en el reclinatorio.

Algunos instantes después, la joven bajó al jardín y encontró allí á su tutor, al cual hizo leer

la carta de Sabiniano. Ambos se sentaron en el banco situado bajo la espesura de plantas trepadoras y enfrente del pabellón chino, y aunque Úrsula esperaba una palabra del anciano, éste reflexionaba demasiado para una joven impaciente. Por fin, de su meditación resultó la siguiente carta, que el doctor había dictado en parte:

«Caballero: Me considero muy honrada con la carta en que usted me ofrece su mano; pero á mi edad y siguiendo las leyes de mi educación, he tenido que dar cuenta de ella á mi tutor, que constituye toda mi familia y á quien amo como padre y como amigo. He aquí, pues, las crueles objeciones que él me ha hecho y que deben servirme de respuesta.

»Señor vizconde, yo soy una pobre joven cuya fortuna depende por completo, no sólo de los buenos deseos de mi padrino, sino también de las medidas que él tome para combatir las malas intenciones que sus herederos tienen respecto á mí. Aunque soy hija legítima de José Mirouet, capitán de música del cuadragésimo quinto regimiento de infantería; como éste es cuñado natural de mi tutor, se podría, aunque sin razón, entablar un pleito á una joven que carecería de defensa. Ya ve usted, señor, que mi escasa fortuna no es mi única desgracia. Tengo muchas razones para ser humilde. Por usted y no por mí, es por quien le hago semejantes observaciones, que carecen casi siempre de importancia para corazones amantes y abnegados. Pero considere usted también que si no le hiciese tales ad-